

LA IMAGINACIÓN AMERICANA EN EL TEATRO DE TIRSO DE MOLINA

Si se prescinde de las crónicas de Indias, que obviamente hablan de América, y de las manifestaciones de la épica culta, que en buen número también se ocuparon de los descubrimientos y conquistas, quizá no es demasiado lo que queda de aquellos acontecimientos en la literatura peninsular de la Edad de Oro. Y eso a pesar de que fueron varios los escritores destacados que, sin verse por ello privados de su adscripción a la literatura española —otro fue el caso de Bernardo de Balbuena, de Diego de Hojeda o de Juan del Valle Caviedes, por citar algunas de las personalidades hoy consideradas relevantes en la literatura colonial—, se trasladaron al Nuevo Mundo durante algún período de su vida: entre estos se contaron, como es bien sabido, Juan de la Cueva, Gutierre de Cetina, Luis de Belmonte y Bermúdez, Luis de Ribera, Mateo Alemán y Tirso de Molina¹. El notable y ya antiguo esfuerzo de Ángel Franco concretó en *El tema de América en los autores del Siglo de Oro* —al parecer más de una década de lecturas y de trabajo— paradójicamente demuestra que casi siempre esa presencia se agota en referencias numerosas a las nuevas tierras y a sus habitantes, dispersas en la novela, en la poesía y en el teatro de la época. De esas referencias, aunque en alguna ocasión “lo indígena se convierte en lo arcádico”², se deduce sobre todo que América es una tierra próxima y remota a la vez, ámbito extraño donde se puede iniciar una nueva vida y acceder a la riqueza y la gloria, y también ocasión para celebrar la grandeza de la Corona, de España y de los españoles.

Aunque el Nuevo Mundo, “al cabo del primer siglo del descubrimiento, formaba parte de la atmósfera vital de España”³, las obras de tema americano son esca-

¹ Sobre la mayoría de los citados, véase Mario Méndez Bejarano, *Poetas españoles que vivieron en América*, Recopilación de artículos biográfico-críticos (Madrid: Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1929).

² *El tema de América en los autores españoles del Siglo de Oro* (Madrid: Nueva Imprenta Radio, 1954), p. 26.

³ Véase Marcos A. Morínigo, *América en el Teatro de Lope de Vega* (Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Filología, 1946), p. 6.

sas, y de relevancia casi siempre discutible. Fue en el teatro donde especialmente se manifestó esa inspiración, y eso gracias sobre todo a Lope de Vega: a él se deben la "tragicomedia famosa" *Arauco domado* (por el Exmo. Señor don García Hurtado de Mendoza), *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, *El Brasil restituído* y el auto sacramental *La Araucana*⁴. Tal vez merece destacarse el interés que también para el teatro ofreció la conquista de Chile, de la que se ocuparon Gaspar de Ávila, quien en *El gobernador prudente* volvió sobre las hazañas de García Hurtado de Mendoza, y Gonzalo Fernández de Bustos, autor de *Los españoles en Chile*. Ese fue también el tema de la comedia *Algunas hazañas de las muchas de don García Hurtado de Mendoza*, en cuya confección, junto a Luis de Belmonte y Bermúdez, colaboraron Mira de Amescua, Ruiz de Alarcón, Guillén de Castro, Vélez de Guevara, Suárez de Figueroa, Diego de Villegas, Fernando de Lureña y Francisco de Herrera. Como puede advertirse, los dramaturgos se mostraron especialmente atentos a la exaltación de ciertas personalidades, y caso señalado fue el de Hernán Cortés, cuyas hazañas encontraron eco frecuente en romances, en la épica culta, en la prosa no histórica y en el teatro⁵. América se convierte en una referencia histórica y geográfica obligada, pero en estos casos lo que importa es el héroe, y lo que él representa para la mayor grandeza de España y de la cristiandad. Menor interés americanista ofrece aún la religiosidad milagrosa de Agustín Moreto en *Santa Rosa del Perú*, de Gaspar de Aguilar en *San Luis Bertrán*, o de Calderón en *La Aurora de Copacabana*.

El mayor atractivo lo ofrece quizá Tirso de Molina, en cuyas obras dramáticas las referencias a América son abundantes⁶. Como es sabido, fray Gabriel Téllez pasó algún tiempo en Santo Domingo, aunque eso no parece decisivo ni siquiera para sus creaciones más relacionables con el Nuevo Mundo, que son, desde luego, las comedias que constituyen la trilogía sobre los Pizarros. Tirso nunca estuvo en el Perú, escenario de las luchas civiles que trató de recrear en su teatro cuando la amistad con los descendientes del conquistador de aquellas tierras lo llevó a vindicar su memoria y la de sus hermanos⁷. Por lo demás, la primera de ellas, *Todo es dar en una cosa*, sólo se ocupa de las mocedades de Francisco Pizarro, con el pro-

⁴ De tema americano puede considerarse también el poema épico *La Dragontea*, donde Lope se ocupó de las correrías de Francis Drake y de John Hawkins, los temidos piratas ingleses.

⁵ Véase Winston A. Reynolds, *Romancero de Hernán Cortés (estudio y textos de los siglos XVI y XVII)* (Madrid: Ediciones Alcalá, Colección Aula Magna, 1967) y *Hernán Cortés en la literatura del Siglo de Oro* (Madrid: Editora Nacional, 1979).

⁶ En *Presencia de América en el teatro de Tirso de Molina* (Madrid: Revista "Estudios", 1969), Ángela D. Dellepiane comprobó que esas referencias aparecen con carácter incidental en treinta y siete obras, con algún relieve en *Quien calla, otorga*, *El Amor, médico*, *La celosa de sí misma*, *Marta la piadosa* y *La huerta de Juan Fernández*, y con presencia particularmente acusada en *La villana de Vallecas* y las tres partes de *La Santa Juana*. Al respecto, véase también Alfonso Urtiaga, *El indiano en la dramática de Tirso de Molina* (Madrid: Revista "Estudios", 1965).

⁷ La trilogía fue escrita para conmemorar la creación del título de Marqués de la Conquista, que en 1631 recayó sobre Juan Hernando Pizarro. Véase Otis Howard Green, "Notes on the Pizarro Trilogy of Tirso de Molina", *Hispanic Review*, IV (julio 1936), 201-225.

pósito fundamental de darle un origen hidalgo que la historia desmiente: el futuro héroe no fue hijo ilegítimo de Beatriz Cabezas, madre que Tirso le adjudicó, sino de Francisca González Mateos. Desde luego, con ninguna de las dos se casó Gonzalo Pizarro “el Largo”, de modo que en la ficción y en la realidad su vástago padeció la condición de hijo natural que tan atractiva se ha juzgado para el dramaturgo. Asumido ese origen bastardo, Francisco Pizarro es ante todo hijo de sí mismo y de sus obras, y su juventud se encarga de predecir un futuro glorioso.

Mayor raigambre americana tienen *Amazonas en las Indias* y *La lealtad contra la envidia*, las otras obras que componen la trilogía. Como es sabido, se ocupan de las guerras civiles que ensangrentaron el Perú desde que estalló la rivalidad entre Francisco Pizarro y Diego de Almagro, en una disputa cuyas razones fueron el poder y la riqueza y cuyo origen se remontaba a las capitulaciones para la conquista de aquellas tierras, de 1529. En 1537 los partidarios de uno y otro se enfrentaron por la posesión del Cuzco, y la discordia se resolvió momentáneamente en 1538, al ser ajusticiado Almagro tras su derrota en la batalla de las Salinas. Sería vengado en 1541, cuando los almagristas asesinaron a Francisco Pizarro, mientras su hermano Gonzalo se ocupaba de explorar el País de la Canela, en una expedición famosa sobre todo porque dio lugar a que Francisco de Orellana navegase el Amazonas hasta su desembocadura. Pero esa muerte no puso fin a las discordias, y los desórdenes renacerían con mayor violencia años después, cuando la aplicación intransigente de las Leyes Nuevas por el Virrey Blasco Núñez Vela amenazó los privilegios de los españoles establecidos en tierras del Perú. La anarquía y la indisciplina, que habían sido desde los comienzos de la colonización el riesgo evidente del individualismo que caracterizó a la empresa española en las Indias —la autoridad recayó con frecuencia en conquistadores poco interesados en aceptar la dependencia del Estado y dispuestos a hacer valer sus propias razones cuando surgieron disputas sobre la legitimidad o los límites de sus posesiones—, tal vez nunca habían ido demasiado lejos hasta ese momento: hasta entonces los levantamientos habían pretendido del Rey un reconocimiento de méritos que debía traducirse en reconocimiento de una autoridad personal, distinta de aquella contra la que se habían levantado. En principio, la rebelión de Gonzalo Pizarro no parecía ir más lejos: su objetivo fue la suplicación de las Nuevas Leyes y la suspensión temporal de su aplicación, supeditada a una nueva decisión real. Pero el alcance de los disturbios pareció ir más lejos cuando se suspendió la ejecución de las ordenanzas sin que Gonzalo Pizarro se sometiese a la autoridad de Pedro de la Gasca. Con su negativa a deponer las armas, el rebelde “dejaba de encabezar un movimiento cuyo contenido ideológico podía ser integrado sin ruptura dentro del orden establecido, y pasaba a dirigir una rebelión cuyo carácter decididamente subversivo amenazaba el pilar central del orden social y político representado por el rey”⁸. De hecho,

⁸ Beatriz Pastor, *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia* (Hanover, NH.: Ediciones del Norte, 1988), p. 262

Gonzalo Pizarro murió decapitado en 1548, culpable de “auer cometido crimen *lesae magestatis* contra la Corona rreal de España en todos los grados e cabsas en derecho contenidas”⁹. Otros episodios sangrientos mostrarían después que la protesta contra las ordenanzas de 1542 había sido consecuencia de un descontento cada vez más extendido entre los españoles, y cuya manifestación por excelencia había de ser la rebelión de Lope de Aguirre y los Marañones, contra Pedro de Ursúa primero, y finalmente contra Felipe II.

La trilogía de Tirso responde, como es sabido, a la pretensión fundamental de restituir la honra a los Pizarro, o —lo que es lo mismo— de vindicar su fidelidad a la corona. *La lealtad frente a la envidia* se centra en la figura de Hernando Pizarro, don Fernando en la obra: inicialmente se muestra al héroe en Medina del Campo, cuando se trasladó a España con el quinto real para el emperador; después, mientras lucha por el Cuzco frente a Manco Inca y frente a Almagro —entonces murió su hermano Juan, en 1536—, y por último encarcelado en el castillo de la Mota, víctima de las intrigas de los almagristas. Los parlamentos, largos a veces, permiten dar cuenta minuciosa de los hechos relativos a la conquista del Perú y a las luchas civiles posteriores, incluida la discutida actuación final de Gonzalo Pizarro. En éste se centra luego la atención de Tirso, al escribir *Amazonas en las Indias*, y conviene advertir que nada preocupa más al dramaturgo que los comportamientos relacionables con lo que Beatriz Pastor ha considerado como cancelación de los objetivos míticos y del proyecto épico de la conquista, traducida en rebeliones que pusieron en entredicho la autoridad del monarca¹⁰. Por boca de la amazona Martesia sabemos de Francisco Pizarro y de “la lealtad para sus reyes / y que a sus plantas les postra / mil leguas, todas de plata, / y un océano de aljófar”, y de que en España “la envidia / bárbaramente aprisiona / al ínclito don Fernando”¹¹. Más aún: si Gonzalo no acepta el amor y el reino que Menalipe le ofrece, es por mantenerse leal a su propio soberano. Tirso no ignoró que más de una vez las rebeliones habían planteado objetivos políticos de signo claramente secesionista, y, decidido a lavar la honra de los Pizarro, desvió esa responsabilidad hacia sus enemigos: hacia Diego de Almagro cuando se alió con Manco Inca, hacia Almagro el Mozo cuando éste —aspirante al “solio occidental”, a “monarca de los Andes”— se negó a someterse al gobernador Vaca de Castro, y por último hacia Francisco de Carvajal, responsable de la supuesta pretensión pizarrista de convertir el Perú en un reino independiente. En boca de los dos últimos pone Tirso el “César o nada” de Lope de Aguirre que pocos años más tarde se convertiría en lema de la rebeldía separatista,

⁹ Véase Guillermo Lohmann Villena, *Las ideas jurídico-políticas en la rebelión de Gonzalo Pizarro* (Valladolid: Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid, 1977), p. 87.

¹⁰ Véase *op. cit.*, pp. 257-345.

¹¹ Tirso de Molina, *Obras dramáticas completas*, ed. de Blanca de los Ríos, 2ª edición (Madrid: Aguilar, 1962), Tomo III, p. 706. Para evitar notas innecesarias, en adelante anotaré tras las citas de Tirso la página correspondiente de esa edición.

desde que se divulgaron las noticias sobre la sangrienta expedición de Ursúa a Omagua y el Dorado. Así la problemática actuación de Gonzalo Pizarro podía quedar encuadrada entre las muchas que, desde que Hernán Cortés desconoció la autoridad de Diego Velázquez, habían cuestionado la actuación de los representantes del rey, y no la autoridad del monarca. Si se había alzado contra Blasco Núñez de Vela, fue forzado por los abusos, por la severidad en la aplicación de unas ordenanzas injustas y en defensa de su derecho al gobierno del Perú, concedido a Francisco Pizarro “por dos vidas”; y sobre todo —no le quedaba otra salida— en defensa de su honor y el de su sobrina Francisca, amenazados cuando ella fue retenida por orden del virrey. Las convenciones del teatro de la época ayudaban así a diluir el alcance de la rebelión pizarrista.

Por otra parte —el título es suficientemente significativo—, *Amazonas en las Indias* es una muestra infrecuente y casi insólita de aprovechamiento literario de las fantasías que se desarrollaron en torno al descubrimiento y a la conquista. Entre ellas destaca la que tuvo que ver con las Amazonas, que la Edad Media —con contribuciones hispánicas notables, como la que puede encontrarse en la *Grande e general estoria*— había imaginado “como una lejana realidad, propia de pueblos bárbaros y paganos, confinada en los extremos de Asia”¹², en tierras de fabulosas riquezas. Colón, que en el relato de Marco Polo había encontrado noticias sobre las islas Varón y Mujer —esas islas figuran en el mapa del globo de Martín Behaim, de 1492—, las identificó como Carib y Matinino a su llegada a las Antillas, según hizo constar en el diario de su primer viaje. La leyenda de las amazonas perviviría por mucho tiempo entre los exploradores y conquistadores, y probablemente, como Beatriz Pastor ha señalado, “la extraordinaria vitalidad y continuidad de la presencia del mito, relatada en relaciones y noticias de descubrimientos de todo tipo, aparece determinada de forma primordial por su valor como elemento identificador de regiones extraordinariamente ricas”¹³. Entre sus muchas formulaciones americanas, sin duda la más destacada es la que consta en la *Relación que escribió fray Gaspar de Carvajal, fraile de la Orden de Santo Domingo de Guzmán, del nuevo descubrimiento del Río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana*. Es bien sabido que Orellana y los suyos habían tomado parte en la expedición capitaneada por Gonzalo Pizarro, que en 1541 salió de Quito con la intención de llegar a la provincia de la Canela. Pizarro llegó a pisar esa tierra, a juzgar por algunos testimonios, pero la realidad defraudó sus sueños, y eso lo obligó a seguir adelante. Las dificultades para el aprovisionamiento hicieron que Orellana se adelantase en busca de víveres, para no volver. Tras mil penalidades, Pizarro consiguió regresar a Quito, mientras la expedición de Orellana se acercaba al país de los Omaguas, otra representación imaginaria para una tierra de

¹² Véase Enrique de Gandía, *Historia crítica de los mitos de la conquista americana* (Madrid: Sociedad General Española de Librería, 1929), p. 63.

¹³ *Op. cit.*, p. 262.

riquezas fabulosas, y al reino de las Amazonas, que se dejaron ver en uno de los combates más encarnizados que los expedicionarios españoles libraron con los indios. “Quiero que sepan cuál fue la cabsa por que estos indios se defendían de tal manera —explica fray Gaspar de Carvajal—. Han de saber que ellos son sujetos y tributarios a las amazonas, y sabida nuestra venida, vanles a pedir socorro y vinieron hasta diez o doce, que éstas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios, como por capitanes, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaron volver las espaldas, y al que las volvía delante de nosotros le mataban a palos, y esta es la cabsa por donde se defendían tanto. Estas mujeres son muy blancas y altas, y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza; y son muy membrudas y andaban desnudas en cueros tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios, y en verdad hubo mujer de éstas que metiera un palmo de flecha por uno de los bergantines, y otras que menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín”¹⁴.

El combate sólo concluyó tras la muerte de siete u ocho de esas feroces guerreras. Luego los expedicionarios sabrían que esas mujeres vivían tierra adentro, en no menos de setenta pueblos con casas de piedra, que sólo se juntaban con los hombres para la procreación de los hijos, que después del parto mataban a los varones y criaban a las hembras, que las gobernaba un tal Coñori, en cuya “cabecera y principal” ciudad había cinco grandes adoratorios dedicados al sol, y que vestían de lana muy fina y ceñían sus cabezas de largos cabellos con coronas de oro. En su tierra abundaba el oro y la plata, y se extraía sal de dos lagunas de agua salada. En resumidas cuentas: en torno a las amazonas del Marañón se desarrolla otra visión fantástica de un reino de abundancia, que recuerda el que se forjó en torno al Incario, con el que tienen que ver no pocos ingredientes del relato de Carvajal: sus mujeres guerreras recuerdan a veces a las vírgenes del Sol, y en sus tierras hay “muchas ovejas como las del Perú”, y tal vez eran llamas lo que el cronista creyó camellos al escuchar al informante indígena. La condición “americana” del mito se reforzaría con interferencias de otros mitos de la conquista: la leyenda del Dorado parece encontrar algún eco en la referencia a las dos lagunas saladas, o tal vez el Dorado se identifica con los ricos y poderosos señores de las tierras próximas, que tampoco carecen de significativas lagunas.

De tales aspectos deriva una versión del mito cuya originalidad en alguna ocasión se ha exagerado¹⁵. Desde luego, en las numerosas referencias a mujeres guerreras que registran las crónicas, con frecuencia parece perderse la relación de las amazonas americanas con las leyendas de la antigüedad, evidente en los testimo-

¹⁴ Gaspar de Carvajal, Pedrarias de Almesto y Alonso de Rojas, *La aventura del Amazonas*, ed. de Rafael Díaz (Madrid: Historia 16, 1986), pp. 80-81.

¹⁵ Véase Enrique de Gandía, *op. cit.*, p. 76: “...con el viaje de Orellana y los descubrimientos realizados en todo el continente Sud Americano, la nueva leyenda de las Amazonas, que idéntica y casi simultáneamente surge en distintos y apartados lugares, encierra un fondo desconocido, completamente original, que es el reflejo de una realidad palpada por los indios y que fue desapareciendo a medida que avanzaban los descubrimientos”.

nios de Colón, de Pigaffeta o de Pedro Mártir de Anglería. Eso no quiere decir que en el relato de Carvajal no se puedan encontrar reminiscencias clásicas: a esa herencia se debe probablemente la diferencia física que se marca entre las mujeres guerreras y los pueblos vecinos —eran “muy blancas y altas”, como se habrá advertido—, y tal vez no es inútil precisar que poco después los expedicionarios tienen noticia de un gran señor llamado Tinamostón, en cuyos dominios “comen carne humana, la cual no comen en toda la demás tierra que hasta aquí hemos andado”¹⁶. Aún parece viva la convicción de que las Amazonas se hallaban próximas a los caníbales, convicción que Colón proyectó sobre las tierras de América cuando imaginó próximas las islas de Carib y Matinino.

Desde luego, eso no altera esencialmente la formulación americana del mito. Otro es el caso de Tirso, quien, siempre atento a la gloria de Gonzalo Pizarro, Tirso relaciona con él y no con Orellana el episodio de las mujeres guerreras. Aunque encajaba en sus propósitos, el error pudo no ser intencionado, ya que por entonces se creía que fray Garpar de Carvajal no había acompañado a Orellana en el descenso del Marañón¹⁷. Tirso, que parece manejar sobre todo la información proporcionada por los descendientes de sus héroes —Otis H. Green asegura que su fuente fundamental era *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, que Francisco Pizarro y Orellana publicó en 1631—, se inclinó por la versión que acusaba a Orellana de haberse alzado con los bergantines, difundida por Gonzalo Pizarro incluso en carta al rey, y mostró a Carvajal abandonado por los rebeldes y recogido por Pizarro. Cuando éste intenta regresar al Perú es cuando irrumpen las enamoradizas Amazonas, de belleza más peligrosa que sus armas, aunque no lo suficiente como para ganar definitivamente el corazón de los gallardos españoles. Para imaginarlas, Tirso tal vez no necesitó del relato de Carvajal ni de crónica indiana alguna.

Para redactar *Las mujeres sin hombres*, a Lope de Vega quizá le había bastado con el relato de Diodoro Sículo sobre las Amazonas “scíticas”, pues “éstas fueron las que mataron a sus maridos, y que jamás fueran vencidas de Hércules si Antiopía, en Temiscira, no se enamorase de Teseo; claro estaba que el valor de mujeres determinadas sólo con la blandura del amor podía ser vencido”¹⁸. Este es el tema de la comedia de Lope, quien reúne en la misma aventura a los protagonis-

¹⁶ Carvajal, *op. cit.*, p. 98.

¹⁷ Es lo que se asegura en la biografía del fraile incluida en *Tesoros verdaderos de las Indias* (Roma, 1681, Tomo I), de fray Juan Meléndez. Véase Enrique de Gandía, *op. cit.*, p. 84, nota 18. Aunque otros cronistas la habían aprovechado, su relación permanecía inédita, y quizás es significativo que en la copia conservada en la Biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid se perdiese la parte que desmiente la supuesta traición de Orellana. Véase Jorge Hernández Millares, “Introducción” a fray Gaspar de Carvajal, *Relación del descubrimiento del famoso río Grande de las Amazonas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1955), p. 28.

¹⁸ En su dedicatoria “a la sr. Marcia Leonarda”, advierte que “hubo antiguamente muchas, y en diferentes partes”, y otras “tan cerca de nuestra edad que en el viaje de Magallanes fueron vistas, si no mienten las relaciones de Sebastián del Cano y de Gonzalo de Oviedo”. Véase el vol. 188 de B. A. E., *Obras de Lope de Vega. XIII. Comedias pastoriles y mitológicas*, ed. de Marcelino Menéndez y Pelayo (Madrid: Ediciones Atlas, 1965), p. 277.

tas de otros episodios de la lucha contra las mujeres guerreras, como Hércules y Jasón, en el único escenario de la tierra y ciudad de Temiscira. Fray Gabriel Téllez probablemente utilizó las mismas fuentes y alguna más, como *Las mujeres sin hombres* —Lope la publicó en 1621, en la *Décimasexta parte* de sus comedias—, de donde bien podría provenir el nombre reiterado de Menalipe. Sus Amazonas son también las originarias “de las Scitias remotas, / la asiática y la europea”, de las tierras bañadas por el Tanais y el Termodonte, de la Temiscira de los testimonios de la antigüedad (p. 704). Puesto que se limita a narrarlos, Tirso pudo distinguir episodios diversos, y de labios de Martesia —un nombre de larga tradición amazónica— Gonzalo Pizarro llega a saber que trescientos siglos antes los varones de un pueblo poderoso se lanzaron a la conquista de Asia, pero cuando regresaron en busca de sus mujeres fueron abatidos por éstas, “viudas por sus manos mismas”. Desde entonces prohibieron la presencia del varón entre ellas, y extendieron su poder hasta ser derrotadas por Teseo en Atenas. Cuando trataron de tomarse la revancha, sus barcos fueron destrozados por el mar, salvo algunos que derivaron por incógnitos rumbos hasta el monstruoso río en que se instalaron trescientas leguas aguas arriba, y fundaron república y reino, donde habían de permanecer ese momento en que los encantos de los españoles parecían de obligarlas a renunciar a sus costumbres y leyes.

En la fantasía amazónica de Tirso están presentes las especias, el oro y la plata, las perlas y las esmeraldas: los sueños de riquezas que desde Colón aparecían asociados en América a la existencia de las mujeres guerreras. Pero tal vez lo más interesante es que esas Amazonas vuelven a ser, por filiación clara y directa, las del pasado antiguo, “y, lo que es más, teniendo conciencia de ese parentesco”¹⁹. Por esa vía se inscribe la leyenda en un espacio reconocible y aséptico, cuyos rasgos se completan cuando las Amazonas se ajustan a los gustos del público que podía ver la comedia. Esos rasgos son fácilmente reconocibles, y tal vez conviene destacar la asociación de Martesia con la brujería, con las artes de adivinación y en suma con las convenciones sobre lo maravilloso que caracterizan al teatro de la época. Ellas bastan para explicar el conocimiento que las Amazonas tienen del idioma castellano y de cuanto ha ocurrido y ocurre de Noruega a Etiopía, incluidas las hazañas de los Pizarro. Así pueden predecir la muerte del desdén Carvajal en el cadalso, y la de Gonzalo Pizarro, o saber que ya los almagristas han dado muerte a Francisco. Era también un recurso —sin duda de excepcional interés, pues es relacionable con la actitud que a menudo adoptaron quienes por entonces escribieron sobre América— para explicar desde las convenciones culturales propias una realidad desconocida, e incluso puede considerarse que esa fantástica explicación es la que conviene a la preocupación que Tirso sentía por la reacción del público ante sus comedias. “Esta consideración psicológica del espectador —ha señalado Francisco Florit Durán— llevó al Mercedario a rodear sus ficciones dramáticas de

¹⁹ Carlos Alonso de Real, *Realidad y leyenda de las Amazonas* (Madrid: Espasa Calpe, Colección Austral, 1967), p. 66.

todo tipo de precauciones, con el fin de que no pasaran por inverosímiles”²⁰. No es difícil encontrar ejemplos de esa actitud, como cuando en *La lealtad contra la envidia* Guaica debe explicar a Castillo su dominio del español. El razonamiento es simple: “Ya yo sé / tu lengua porque serví / a un español más de un año”, asegura la india (p. 766). Más imaginativa es la explicación que exigen unas amazonas americanas que saben de Alcides y de Atlante, y cómo no, de las glorias de Gonzalo Pizarro. Martesia se la ofrece minuciosa a Francisco Caravajal:

MARTESIA: Dudas discreto; pero no te espantes
 que tal divinidad mi pecho encierra
 que oráculo soy, pasmo de esta tierra.
 (...)
 ¿Espantárate agora,
 si esto te certifica la experiencia,
 que quien registra cuanto su luz dora
 tenga noticia de cualquiera ciencia,
 y hablando en todas lenguas, tus vocablos
 pronuncie? (pp. 701-702)

Esa magia resuelve todos los problemas relacionados con la verosimilitud de los personajes presentados en escena: Martesia puede justificar el traje de española con que irrumpe de pronto, y las dos amazonas pueden volar por el patio, con el gracioso Trigueros cogido de una oreja. Pero tampoco ha de olvidarse que en *En la lealtad frente a la envidia*, cuando los Pizarros luchan por la posesión del Cuzco, “baja de una nube sobre un caballo blanco Santiago, armado como le pintan, y húylenle los indios”, y luego “Nuestra Señora, con una limeta de agua, se aparece rociando las llamas y volando por encima de los muros” (p. 164). Tirso también se hacía eco ahora de noticias fidedignas, recogidas por diversos cronistas. Magia y milagros se muestran así como manifestaciones de poderes opuestos pero igualmente reconocibles: eran manifestaciones de una batalla constante entre el bien y el mal, entre el cristianismo y los secuaces de Luzbel. La imaginación sobre América se diluía de ese modo en las convecciones que regían el teatro hispánico, capaces de asfixiar cualquier fantasía extraña. O quizá, puesto que Tirso decidió ignorar tanto la traición de Gonzalo Pizarro como el fracaso de su expedición al País de la Canela —asegura que la encontró “en montes inmensos”, en árboles tales que cada uno pudiera “sazonar cuantas cocinas / tiene la gula en España” (p. 713)—, se recuperaba el mito por vía literaria, la única posible, y a la vez la visión heroica de la conquista.

TEODOSIO FERNÁNDEZ
 Universidad Autónoma de Madrid

²⁰ Tirso de Molina ante la comedia nueva. *Aproximación a una poética* (Madrid: Revista “Estudios”, 1986), p. 74.